

es necesaria para la plena actualización de la persona humana debido a la dependencia óptica del ser humano del Absoluto.

El tercero y el cuarto escritos vuelven a los temas del sacro y del ateísmo tratados anteriormente.

En conclusión, este libro tiene como objetivo mostrar que el hombre como ser racional es capaz de conocer la verdad sobre sí mismo y sobre su entorno. La filosofía (con especial énfasis en la filosofía metafísica clásica) ha descrito al hombre como un ser consciente, libre y dinámico, equipado con un aspecto trascendente abierto al ser-Dios personal absoluto. Este Dios es la fuente última de la existencia y define la naturaleza y el fin último de toda la creación y, por eso, de la vida humana. Las escuelas filosóficas modernas y contemporáneas al socavar el valor de una cognición metafísica realista crearon teorías erróneas del hombre a partir de Descartes. El ateísmo nacido del rechazo de Dios y también de la negación de la verdad objetiva priva al hombre de su dignidad personal y derriba los cimientos de toda la verdad. Por otra parte, la aceptación de la existencia del Dios personal, que es la plenitud de la Verdad y el Bien, posibilita la constitución de una sociedad y de una política donde dignidad y responsabilidad pueden ser reconocidas y actuadas. – GREGORY NZAU MUSYOKA

GÓMEZ, C., *El deber y la ilusión (Ética, Política, Literatura)*, Dykinson, Madrid, 2020, 400 págs.

Carlos Gómez es bien conocido por su larga trayectoria intelectual, tanto como Catedrático de Filosofía Moral y Política de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, como por ser autor de numerosas publicaciones. Entre otras, recuérdese sus libros *Ética y religión. Una relación problemática* (Instituto Fe y Secularidad, 1995), *Doce textos fundamentales de la Ética del siglo XX* (Alianza Editorial, 2002), *José Luis L. Aranguren. Filosofía y vida intelectual*, (Trotta, 2010), y su coedición con Javier Muguerza de *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la Ética* (Alianza Editorial, 2007), además

de numerosas contribuciones en libros colectivos y artículos.

El libro titulado *El deber la ilusión*, recientemente editado por Dykinson, incluye un conjunto de veintitrés trabajos publicados a lo largo de dos décadas (de 1989 a 2020) en diversas revistas científicas y como capítulos de libros colectivos. Todos los trabajos tienen en común la perspectiva ética, y en muchos de ellos se aprecia el rastro de los autores investigados por Carlos Gómez, entre otros Kant, Paul Ricoeur, Freud, la Escuela de Frankfurt, Kolakovski, interpretados siempre de un modo personal y en diálogo con su propia posición.

Precedidos de una breve introducción, los trabajos se agrupan en tres partes distintas. La primera y más extensa se titula «Ética y Política», la segunda: «Ética y Literatura» y la tercera: «Sobre la ética en España». Esta última incluye distintos estudios de carácter diverso no por ello de menor interés pues de algún modo describen el panorama de la filosofía moral española contemporánea, sobre todo a través de los artículos dedicados a Ortega y Gasset, José Luis Aranguren y Javier Muguerza, y mediante los comentarios críticos de libros de Foucault, Adela Cortina, Victoria Camps, Antonio García-Santesmases, José Lasaga, Fernando Savater y Eugenio Trías, y las entrevistas a Javier Muguerza y Carlos Thibaut. No faltan las referencias en sus artículos a otros autores como Gómez Caffarena. De este modo, el libro permite adentrarnos en la filosofía moral del autor y en una selección de los pensadores contemporáneos de ámbito internacional y nacional con los que dialoga.

Como nos descubre la introducción, el título de la obra refiere una perspectiva de Ortega sobre una ética «que no considera al deber como una idea primordial en la moral sino a la ilusión» (p. 66). Efectivamente, sin olvidar que la moral conlleva un «gesto severo», displacer como requiere la educación según observó Freud, esa ilusión y esperanza se destila a lo largo del libro, y en especial en varios de los artículos incluidos en la primera parte. Ahí se incluyen los trabajos más personales de Carlos Gómez, de una gran riqueza de contenido, que permiten

conocer su postura acerca de cuestiones éticas relevantes como la reivindicación de la conciencia, la defensa de la compasión, la labilidad de la culpa, la reconsideración de la utopía, y la disidencia ética y la desobediencia civil, cuestión que reaparece de la mano de su entrevista a Javier Muguerza en la tercera parte del libro. Los artículos dedicados a Kant y a Kolakowski ayudan al lector a situarse en la interpretación de Carlos Gómez de dos autores de referencia que también se hacen presentes en otros trabajos. Sin poder detallar el contenido de todas sus contribuciones destacaré las más relevantes a mi juicio.

Destaca por la riqueza de sus análisis el artículo sobre la «Defensa de la compasión, en contra de sus entusiastas» que resalta su ambivalencia, de ahí tanto la apología llevada a cabo por Rousseau y Schopenhauer como resorte de la acción moral, como las críticas de Kant y Nietzsche, seguida de la postura al respecto de Horkheimer que se desmarcó de las críticas nietzscheana, y de Habermas que destacó «la intuición moral que se vehicula en la compasión» (p. 63). Al hilo de su diálogo con la ética como amor propio de Fernando Savater, recuerda las bases psicológicas de la moral de la mano de Freud para quien la instancia super-yoica, aún con las patologías que pueden acompañarla, «es estructurante para la configuración del sujeto» (p. 77), tesis relevante que se retoma en el artículo sobre la reivindicación de la conciencia y que el autor sostuvo con más detalle en sus libros *Freud y su obra* (2002), y *Freud, crítico de la Ilustración* (1998). Trasponiendo el famoso dicho kantiano que si la razón sin los sentimientos es vacía, los sentimientos sin la razón son ciegos, destaca Carlos Gómez que por muchos oscuros recovecos que pueda albergar la compasión, sin ella en mundo sería «atroz, oscilando entre la ridiculez y el cinismo, pero generando siempre barbarie» (p. 65).

La posibilidad de la barbarie es también contemplada en su trabajo sobre la «labilidad de la culpa» que se ocupa de una concepción moral con mala prensa y difícil de analizar. Para ello, el autor sigue algunas perspectivas de Paul Ricoeur, Freud y Kolakowski, autores que conoce muy bien, y

que permiten recuperar el concepto de culpa, del modo más idóneo. Advierte Carlos Gómez que si bien la no asunción de la culpa la relega al inconsciente, ello no implica que siempre sea patológica, pues el arrepentimiento también mira al futuro y posibilita un diálogo roto (p. 171).

En el trabajo titulado «Una reivindicación de la conciencia», partiendo de la «filosofía de la conciencia», paradigma fundamental de la filosofía moderna, se articula una serie de problemas asumiendo las críticas de las filosofías de la sospecha, incorporando los planteamientos del llamado «giro lingüístico», desde la perspectiva de la ética del discurso de Habermas. Recociendo la fuerza de la construcción habermasiana, Carlos Gómez recuerda las voces críticas ante algunos de sus planteamientos (Wellmer, Muguerza, Bilbeny, Renaut). Desde estas coordenadas retoma la diatriba de Hegel con Kant, actualizada en nuestros días por comunitaristas y liberales. El reconocimiento de dichas críticas obliga a cuestionar la primacía de la «filosofía de la conciencia», si bien ello no debería llevar a relegar el valor de la conciencia moral. Destaca el autor al respecto que «Si Freud tuvo el mérito de denunciar el simplismo de nuestras imágenes ayudándonos a descubrir la argucia y los atajos del deseo oculto a menudo bajo el manto del ideal, no menos simplista y cansino resulta la actitud de quienes...se limitan a plantearlas con una unilateralidad de signo contrario.» (p. 78). Y es que, como finaliza el trabajo, Carlos Gómez suscribe con Kant que la propensión al mal de los seres humanos es más débil que una más firme disposición hacia el bien, lo que permite vincular el reconocimiento de la disposición moral de los hombres con una esperanza de futuro.

En «La utopía entre la ética y la política: Reconsideración», reconociendo el clima distópico, el autor no concibe la utopía como un mero sueño, sino como un proyecto que tiende gradualmente a realizarse, tesis que se parecía en otros trabajos. Mientras que la ideología se orienta a la legitimación de un orden de cosas, la utopía se caracteriza por el afán de realizarse, de ahí su vinculación con la esperanza, que un principio

rector del pensamiento y de la acción humana. Carlos Gómez considera que la utopía no se encuentra tan sofocada como parece y hay que buscar «nuevas mediaciones conceptuales». Para ello retoma primero las cuestiones planteadas por la tríada «utopía-ideología-poder» y relaciona las utopías con las heterotopías. El trabajo también analiza la articulación en Kant de moralidad y esperanza, y aborda críticamente la utopía según E. Bloch.

Por último, se incluyen en esta primera parte los trabajos dedicados a Kant y Kolakowski, de interés dado que explicitan la interpretación de Carlos Gómez sobre esos autores muy presentes a lo largo del libro. El trabajo sobre Kolakowski, escrito en el año 2009, con motivo de su fallecimiento, presenta un esbozo de la compleja figura del filósofo polaco, «exilado, crítico, independiente» (p. 114). Su crítica al marxismo no supuso entregarse al liberalismo capitalista, pues recuperó sus raíces cristianas sin renegar a las críticas al clericalismo. Kolakowski supo mantener los extremos entre las tensiones irresolubles entre las que se encuentra el ser humano: «relativismo y absolutismo, escepticismo y dogmatismo, acomodo pragmático y aspiración a lo Absoluto, visión sagrada y visión secular; entre espíritu conservador y lucha por el cambio, entre libertad e igualdad» (p. 112). Su eclecticismo, si lo fuera, no es una componenda, observa Carlos Gómez, sino una tarea de discernimiento, de crítica y de autocrítica. Así si observó que «la idea de la fraternidad humana es desastrosa como programa político, pero indispensable como señal orientadora. La necesitamos-por volver a emplear expresiones kantianas-como idea regulativa, más que constitutiva» (p. 113). En el artículo «¿Por qué necesitamos todavía a Kant?», cuyo título está tomado del libro de Kolakowski, y que se editó con motivo de la celebración del segundo centenario del nacimiento de Kant, destaca su actitud ilustrada, resumida en el lema *Sapere aude*, que se traspasó al campo de la ética al hacer de la autonomía el eje en el que pivota la moral» (p. 116). Subraya Carlos Gómez cómo en Kant se conjuga la defensa de la conciencia individual con el cosmopolitismo.

Resulta de interés la consideración de que la frase de Kant «El cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí» encuentra un eco de Pascal quien vendría a ser el Rousseau de la filosofía kantiana de la religión (p. 121).

La segunda parte del libro «Ética y Literatura» se abre con el trabajo «La vida como narración» que analiza las relaciones entre Filosofía y Literatura de la mano de Paul Ricoeur y Aranguren. Destacando que el ser humano está siempre haciéndose, observa que quizá lo que podamos encontrar sea un albergue provisional, una «posada en el tiempo». Siguen los artículos sobre «Madame Bovary o la imposible satisfacción», interesante reflexión sobre la condición fronteriza del ser humano que ni puede resignarse a todo ni puede aspirar a todo. El titulado «La realidad y la ilusión (Cervantes en Freud)» nos permite analizar la sugerente lectura del clásico realizada por Freud a la altura de 1883, y en la que se advierte que la ilusión, referida en el título del libro de Carlos Gómez, es a veces «más real que la realidad y la ilusión no menos ilusionante que la ilusión misma» (p. 220).

Cierra la segunda parte del libro un denso y rico artículo sobre «Amor, ética y justicia» (aparecido en *Pensamiento*, 74 (2018), núm. 280, pp. 349-367), que quizá se hubiera podido incluir en la primera parte. Para afrontar este tema central se adoptan cuatro perspectivas complementarias: los ataques al amor al prójimo llevados a cabo por Freud, la confrontación con Kant y la disputa entre «amor» e «imperativo», las relaciones entre amor y justicia, en sus vertientes social e individual para analizar lo que puede aportar el amor, por último «el amor a los fuera de la ley». Al referirse a Kant, Carlos Gómez observa que parece que el amor es superior al cumplimiento de deber y recuerda lo que Ortega señalaba: «Es preciso que hagamos, siquiera por deber, lo que no logramos hacer por ilusión». Ello no resta grandeza a la moral del deber, que comporta un rasgo inevitable de constricción, observa Carlos Gómez, pues el mérito moral consiste en cumplir acciones debidas pero que no deseamos.

En la tercera y última parte del libro: "Sobre la ética en España: artículos,

entrevistas y Comentarios”, además del interesante trabajo sobre el paisaje en Ortega, destacan los artículos sobre «El oficio del intelectual en J. L. Aranguren» y «El individualismo y cosmopolitismo. El pensamiento filosófico de Javier Muguerza», dedicado a algunas de las posiciones éticas de Muguerza, su tránsito de la filosofía analítica al existencialismo, pasando por la Escuela de Frankfurt. También se subraya la vitalidad de su discurso filosófico y ético en nuestro país. En el artículo dedicado a Aranguren, se describe su papel de intelectual, uno de los más destacados de la primera parte del siglo XX, además de facilitar al lector un breve recorrido por su trayectoria intelectual y académica. Carlos Gómez resume con claridad las notas predominantes del oficio del intelectual en Aranguren: «la ejemplaridad en el desempeño de la profesión intere-rés por la vida pública, política y cultural en general y compromiso público con ella; ejercer de conciencia moral de la sociedad, procurando conectar con los sectores más progresivos de la misma y dar voz a los que no tienen voz» (p. 292). Y algunos de estos rasgos se observan en varios de los autores cuyos libros reseña Carlos Gómez en la última parte del libro, entre otros: Adela Cortina, considerada como «una de las filósofas más destacada de nuestro país en el ámbito de la filosofía práctica», y su estudio sobre la *Aporofobia. El rechazo al pobre: un desafío para la democracia*, que, entre otras cosas, ha tenido el mérito de acuñar una voz que pone nombre a una grave realidad, Victoria Camps y su comentario al libro *El gobierno de las emociones*, Fernando Savater y sus *Preguntas de la vida*, y Antonio García Santestanes, y su libro *Ética, Política y utopía*.

Tras la lectura del libro, el lector comprueba la verdad de lo que su autor advierte en la introducción. Sus reflexiones son: «re-llanos en un proceso argumentativo» que cada uno habrá de continuar por su cuenta y riesgo en tanto que sujetos éticos. Citando a Aristóteles «investigamos acerca del bien para en alguna medida saber cómo ponerlo en práctica» (p. 16). En definitiva, el libro que, a pesar de la diversidad de cuestiones y autores abordadas, guarda una unidad de planteamientos esenciales, aúna la riqueza

de contenido con la claridad en la forma, suscita múltiples interrogantes filosófico-morales que nos incitan a pensar cuestiones fundamentales. No es un mérito menos contar y dialogar con las advertencias de los filósofos de la sospecha, sin por ello renunciar a la esperanza y aspiración de un mundo mejor. Felicidades al autor y a la editorial por facilitar la lectura de diversos trabajos en una sola obra. – ALICIA VILLAR EZCURRA

LLEDÓ, E., *Fidelidad a Grecia*. Penguin Random House, Barcelona, 2020, 228 págs.

Este libro de Emilio Lledó contiene numerosas ideas que podrían reagruparse bajo un común denominador: la búsqueda de una verdad que sería un conjunto de consideraciones morales y de costumbres que el autor recrea desde los temas de Plutarco a los humanistas, como Erasmo, Vives o Montaigne hasta Diderot o Rousseau y figuras más cercanas como pueden ser Machado, Zambrano u Giner de los Ríos. En él, Lledó expresa su simpatía hacia Grecia como en otros textos de parecido espíritu. Los griegos nos enseñaron a pensar en nuestra manera de pensar, como decía W. H. Auden. Desde joven, Lledó se acercó a Platón, Aristóteles o Epicuro y también a Homero y Hesíodo, es decir, en el mundo clásico, para hablar del impulso hacia lo mejor, de la libertad para elegir.

Al hilo de los antiguos Lledó busca su réplica en otras letras como son las del racionalismo, las de Kant, el idealismo alemán, el existencialismo sin olvidar a escritores modernos en cuyos materiales ahonda para construir un ser propio con lengua y espacio mental personales desde dos perspectivas, la griega y la ilustrada con ramificaciones posteriores.

«Lo bello es difícil», comienza recordando Emilio Lledó, quien recuerda que la libertad de expresión no tiene nada que ver con que podamos decir lo que pensamos, sino con que podamos pensar lo que decimos. Los primeros textos en los que encontramos el sustantivo *mythos*, significa palabra, dicho, conversación. Este soplo de vida empezó a llenarse de deseos y sueños y se